

Una metáfora que hizo fortuna

EUGENIO ASENSIO

LA nueva obra de Francisco Rico, *El pequeño mundo del hombre. Varia fortuna de una idea en las letras españolas* (Editorial Castalia, Madrid, 1970, 307 págs., ocho ilustraciones aparte), sin miedo de caer en la hipérbole, merece el calificativo de excepcional, de ave fénix en la historia de las ideas tal como se practica en España. Rompiendo con el habitual provincianismo de estas indagaciones, remonta una idea hispanizada hasta el manantial griego y traza su carrera durante más de veinte siglos a lo largo de la cultura grecorromana, de la medieval hispánica tanto en latinidad como en romance, y por fin en los clásicos de los Siglos de Oro. La pesquisa moviliza una ingente suma de saberes: lenguas clásicas y modernas, bibliografía amplia y actualizada, discretos conocimientos de esas zonas didácticas en que la literatura y la filosofía confinan con otras disciplinas. Un pensamiento claro queda expuesto en una prosa musculosa y apretada, salpicada de rasgos humorísticos con que la juventud del autor parece excusarse de su riqueza intelectual. Francisco Rico dedicó este tratado —*in vita* aunque en vísperas de su muerte— a Antonio Rodríguez-Moñino, que no contento con acogerlo en su colección *España y españoles*, lo vistió con sobria elegancia tipográfica.

Refiere la prodigiosa fortuna de una metáfora conceptual que, a juzgar por nuestra documentación, fue estrenada por la pluma de Aristóteles en la *Metafísica*: el hombre es un mundo pequeño o microcosmos, es decir, epíloga y recapitula en sí mismo la inmensa variedad del universo, las propiedades y organización de los demás seres o elementos. En realidad, la historia de la cultura occidental podría escribirse usando como hilo conductor en el laberinto, la presencia y las metamorfosis de unas pocas metáforas con que la

nuestra se trenza mil veces: la cadena de los seres, el gran teatro del mundo, el cuerpo político y el *corpus mysticum*. Ninguna, a lo que creo, se difunde y ramifica tanto como la del microcosmos. La primera gran metáfora cuya biografía quedó satisfactoriamente esclarecida fue la de la cadena de los seres tomada del viejo Homero: Arthur O. Lovejoy, *The great chain of being* (1936) la rastreó por el campo de las ideas y, más superficialmente, por el de la literatura, dando con esta monografía sus títulos de nobleza a la escuela de la Universidad Johns Hopkins y al *Journal of the history of ideas* que aún congrega a sus discípulos. Nuestro autor no recata su genealogía, citando a los corifeos de la escuela —G. Boas, Marjorie H. Nicolson, por ejemplo—, aunque su tipo de indagación es menos sistemático y más abierto hacia los jardines de la poesía.

El pequeño mundo del hombre, dentro de la ordenación cronológica, adopta enfoques y tratamientos diversos. Conviene acaso distinguir tres partes, cuya graduación da naturalmente cierto ritmo y ordenación: 1) la llamada *Introducción* (págs. 11-46), impregnada de erudición difícil estudia la microcosmía desde los presocráticos hasta Isidoro de Sevilla, “fundador” de la Edad Media. Historia intrincada de un milenio que el autor, a pesar de su complejidad, logra condensar en breves páginas lúcidas y penetrantes, destilando en corto espacio el zumo de bibliotecas enteras; 2) abarca desde Diego García y su *Planeta* (1218) hasta el gran humanista Luis Vives. Francisco Rico, medievalista de renombre internacional, no se satisface con exponer hallazgos ajenos, sino que explora por su cuenta los últimos rincones, complementando, enriqueciendo y rectificando la tarea de sus precursores. Le inquietan más que los problemas literarios o estéticos, las cuestiones de originalidad, la impregnación de los escritores hispanos por el pensamiento oriental. Su trabajo más que a una exposición de verdades pacíficas se orienta al descubrimiento y la hermenéutica nueva; 3) la tercera parte (págs. 117-292) pone la proa resueltamente hacia la literatura, sin descuidar la filosofía o los géneros didácticos. Desterrada de la filosofía austera y sistemática, la especulación microcósmica se refugia en la filosofía popular, y halla su patria de elección en inven-

UNA METÁFORA QUE HIZO FORTUNA

ciones narrativas, como la *Fabula de homine*, de Vives, y en los campos de la poesía. Afrontamos una vez más el estudio de famosos poemas de Luis de León, Lope de Vega o Calderón de la Barca. Vemos con sorpresa cómo se encienden con luces inesperadas, al recibir el foco nuevo de la microcosmía, los textos más frecuentados y, al parecer, esquilados por los antecesores.

Francisco Rico empieza mostrando —en el infranqueable matorral de los *Presocráticos* de Diels y continuadores— las borrosas sendas por las que Grecia fue avanzando hacia una formulación feliz de las analogías entre el hombre y el universo. Muchos aportan observaciones o frases afortunadas. Pitágoras inventa la “música del cielo” que nuestro vulgo degradará más tarde en “música celestial”. Empédocles afirma que conocemos los elementos porque los llevamos incorporados en nosotros: somos fuego y conocemos el fuego, somos tierra y conocemos la tierra. Los epígonos de Pitágoras y Demócrito, muy tardíamente, atribuyeron a estos dos escolarcas la acuñación de la metáfora: hombre, pequeño mundo. Pero, si algo vale nuestra documentación, fue Aristóteles el primero que llamó al hombre microcosmos sin insistir en su hallazgo ni darle importancia.

En pura justicia debería haber inventado la fórmula Platón, en cuyos diálogos —el *Filebo* y sobre todo el *Timeo*— se encuentran claramente definidos los perfiles de la teoría microcósmica. Dejemos la palabra a Rico: “*Macrocosmos* y *microcosmos* son voces ausentes del *Timeo* platónico, pero el diálogo está trascendido por el paralelo de ambos conceptos. En el *Timeo* madura y recibe nueva luz toda una tradición intelectual”.

Acuñada la metáfora que define la afinidad del hombre y el universo, corre de mano en mano y da origen a abundante calderilla de imitaciones. En torno a la primera estrella metafórica acaba por gravitar una creciente constelación de imágenes. Una vez proyectada la analogía básica, filósofos y hombres de ciencia tienden una tupida red de similitudes entre el hombre y el cosmos. Algunas gozarán de secular aprecio, v. g. la del hombre planta celestial, árbol invertido, que surge en el *Timeo* y todavía encantará a don Juan Manuel.

La metáfora del microcosmos nace con miras cognoscitivas, no intenciones decorativas: revela un orden conceptual y posee facetas de mito cosmogónico. Se sitúa en la encrucijada de la física, la ética y la religión, cubriendo con su manto numerosas prácticas: la interpretación de los sueños, los horóscopos astrológicos, y ¿quién lo iba a pensar?, las normas de la arquitectura y las curas hipocráticas. Su expansión no se interrumpe cuando el hebreo Filón y los Padres de la iglesia alejandrina la interpretan a la luz de la Biblia. Hebreos y cristianos hacen hincapié en el paso del Génesis en que dice Dios: “Hagamos el hombre a imagen y semejanza nuestra”. Filón hallará en Adán antes de la caída el perfecto microcosmos, y los cristianos —para quien Adán es figura de Cristo— acabarán aplicando a Jesús por antonomasia esta noción: así hará Ramón Lulio, para poner un ejemplo.

Nemesio de Emesa ha encontrado una formulación de inmenso porvenir: “Dios resumió y vinculó en el hombre toda la creación... y haciéndole cifra y nudo de todas las cosas, situándolo en la frontera de lo caduco y lo eterno, le presentó una alternativa bien clara: o darse a la carne y descender a terreno y bestial... o entregarse al espíritu y alzarse a celeste” (Rico, pág. 36). Esta opción microcós mica, atravesando la Edad Media, encontrará entusiasta acogida en los neoplatónicos de Florencia y los que en el Renacimiento disertan sobre la dignidad del hombre. El puente más importante de la microcosmía a la Edad Media pasa por los escritos de Isidoro de Sevilla, que la difunde sin formulaciones imaginativas ni expresiones dramáticas, con una sequedad casi escolástica.

Rico salta de San Isidoro a la época de Fernando el Santo, renunciando ascéticamente a reseñar obras memorables, como el *Policraticus*, de Joannes Saresberiensis (o Juan de Salisbury), que Antonio de Guevara gustaba tanto de citar con el nombre de Policratus, misterioso autor. Imantados hacia lo hispánico, descubrimos nuestro primer microcosmista en el canciller Diego García de Campos. Siguiendo a Rico anotamos en su latinorio *Planeta* (1218) una marcada predilección por las analogías microcómicas a la gloria del cuatro (cuatro elementos, cuatro evangelios que riegan los prados

UNA METÁFORA QUE HIZO FORTUNA

del cristianismo, cuatro humores, cuatro puntos cardinales, etc.). Luego la bandera de la microcosmía pasa a las manos robustas de los grandes héroes de la cultura: Alfonso X, Raimundo Lulio, don Juan Manuel, fray Anselmo Turmeda, Ramón Sibiuda, Alfonso de la Torre, la flor de Castilla y Cataluña. Pero a todos se adelanta, pisando los talones a Diego García, el anónimo clérigo que compuso el más grande poema del mester de clerecía, el *Libro de Alexandre*.

El *Alexandre* encarna en el Emperador a la par la ciencia y la valentía, poema que pretende ser juntamente “tesoro de proeza” y “tesoro de savieza”, pinta un héroe que, movido por su sed de sapiencia, emprende las más descomunales aventuras, explorando sucesivamente los espacios del aire y los fondos del mar. El viaje aéreo impulsa al poeta a bordar sobre el tradicional mapamundi isidoriano otros pormenores cuya fuente ignoramos. Alexandre contempla la tierra entera reducida a extraña cartografía antropomórfica: Asia es la cabeza, África la pierna izquierda, Europa la derecha. Esta visión del mundo en figura humana que Alexandre logra antes de morir, corona el afán de saber del discípulo de Aristóteles. “No es una digresión erudita impertinente... sino pieza clave en la estructura del poema” (Rico).

Alfonso X, sus redactores y continuadores, mestizaron y matizaron la cultura latino-cristiana de Occidente con injertos árabes que enriquecen tanto la astronomía (o astrología) y la magia como la ética con ropaje novelesco. Nuestro autor, en su busca del tema microcósmico, registra las reverberaciones orientales que irisan adustos pasajes de prosa en libros técnicos. Se interesa especialmente por la influencia que la enciclopedia de los Hermanos de la Pureza ejerce sobre un sector de la producción alfonsina y postalfonsina desde las *Partidas* hasta *Poridat de poridades*. Sus análisis no caben en esta recensión y a veces desbordan de un tratado general de microcosmía, reclamando una monografía o un libro acerca del Rey Sabio, libro que en estas páginas parece fermentar. Al lector moderno le fascina el dinamismo astrológico que dramatiza, no solo el *Picatrix*, obra de magia, sino los *Libros de astronomía*: nótese, por ejemplo, la semblanza de la estrella El Inflamado.

Entre las excelsas personalidades de escritores originales como Raimundo Lulio y Raimundo Sibiuda —el misterioso autor de la *Theologia naturalis* o *Liber creaturarum*—, Rico introduce de matute, igual que al bufón en un retrato regio, a fray Anselmo Turmeda (Abdalá en sus épocas de moro), protoimpostor y protoplagiario. La *Disputa del asno*, su más popular escrito, saqueando las razones de los Hermanos de la Pureza para ponerlas en boca del borrico, ataca la pretendida superioridad del hombre sobre los animales con un regusto irónico. Cierra la procesión de escritores medievales Alfonso de la Torre, cuya *Visión delectable* “no es solo resumen enciclopédico, sino también... cifra de la historia cultural de Occidente hasta el siglo xv” (Rico). Con ansia de sincretismo, basándose en la vulgata cosmológica aceptada por cristianos, moros y hebreos, construye un panorama del saber que paga tributo a la microcosmía medieval y es muy representativo tanto del ambiente español como del momento europeo. Es un contemporáneo del Cusano, de Bessarion, de los neoplatónicos florentinos, el que pone en boca del Entendimiento: “No me moverá más la verdad dicha por boca del cristiano, que del judío o moro o gentil”.

Ya dentro del siglo xvi Francisco Rico alterna el tratamiento aislado de los escritores descollantes, con capítulos temáticos generales que trazan la fortuna de la noción “hombre mundo menor” en tratados de medicina, política, cosmología y arquitectura. La filosofía estricta y austera la desdeña u olvida, la ciencia aplicada y la moral se le abren de par en par. La microcosmía se convierte en una especie de arquetipo o común consenso para relacionar el universo con el hombre, el hombre con la sociedad. Es moneda que corre de mano en mano, no solo entre los poetas. Cuando Burgos se aparta de las Comunidades, los comuneros le arguyen con argumentos microcósmicos, que los burgaleses, igualmente informados, rechazan con otros de la misma pauta.

Luis Vives, el insigne valenciano, es el primero que expone la microcosmía en una fantasía moral titulada *Fabula de homine* (1518). Ha sido objeto de inexactitudes y tergiversaciones que, negando su originalidad, la quieren convertir en una imitación de la *Oratio*, de

UNA METÁFORA QUE HIZO FORTUNA

Pico de la Mirándola, mal bautizada *Oratio de hominis dignitate*, que bien pudo ser la chispa inicial, aunque no el modelo ni el almacén de ideas. Ambos textos, el florentino y el de Vives tienen de común “toda una tradición de milenios”, bienes mostrencos del humanismo. La *Fabula* con su marco lucianesco y su movimiento narrativo trata con gracias de estilo y dones imaginativos, “un asunto de graves implicaciones filosóficas y aun religiosas”.

El jugoso capitulillo *De hominis dignitate* expone el valor del *Diálogo de la dignidad del hombre*, por Fernán Pérez de Oliva, el cual, si no aporta argumentación original, sabe engarzar y sintetizar diestramente las ideas tomadas del arsenal renacentista. Con todo, fue el traductor del diálogo erasmiano *Lingua* (probablemente Bernardo Pérez) quien con mayor brío y elegancia expresó en el prólogo el secular tópico del *hombre mundo pequeño*, ligándolo con el poder de la lengua “el ñudo que ata, sustenta y gobierna a todo el linaje humano”. No falta entre los que exaltan al hombre Cervantes, el de la *Galatea* cuya deuda con los tratadistas italianos ha sido subrayada por varios; menos notado ha sido el sesgo original que, a través de visibles *plagios*, da Cervantes a su visión de la intachable “compostura del hombre” recogida y sublimada en su rostro.

Dejando a un lado el ramillete de observaciones acerca de los subgéneros literarios (problemas, enigmas, apotegmas, etc.) en que campea la noción de microcosmía, nos detendremos en las agudas y eruditas páginas consagradas a Luis de León.

Luis de León, no únicamente en sus diálogos de *Los nombres de Cristo*, sino en la *Exposición del libro de Job* y en sus obras latinas ha mostrado un grande apego por la noción de microcosmía y por la constelación de metáforas que en torno a ella gravitan. La armonía del universo nos alecciona sobre las normas de la vida moral y social. La compostura dada por Dios a la creación se manifiesta en el espectáculo de una noche serena, trayendo paz y sosiego al corazón del hombre: pues el hombre mirando al cielo “distingue el modelo de paz, orden, concordia, que debe aplicar a su propio yo” (Rico). Son conceptos intelectuales a la par que experiencias íntimas. Fray Luis propende sobre todo a las imágenes y conceptos ligados a la

música. Para él la salud es música, alma y cuerpo son música, es decir templanza de operaciones y humores. La *música de los cielos*, de genealogía pitagórica, sirve de cañamazo intelectual y metafórico a la tela de la *Oda a Salinas*. Es doctrina ya puesta en claro por los estudiosos. Pero, cuidado, la complejidad de las nociones musicales que se trenzan en las estrofas del poema es mucho más intrincada de lo que pensábamos. Rico nos brinda una sabia lectura, poniendo de relieve el enjambre de ideas que forma el contorno de la poesía de Fray Luis. Sin hacer violencia al lector y respetando el sentido equívoco de imágenes como la “inmensa cítara”, ilumina una serie de facetas de este admirable y difícil poema.

Ni la ciencia, ni la arquitectura, ni la religión escapan a la fascinación de la microcosmía. En arquitectura corre como axioma que la figura del hombre es la medida y norma de toda construcción, en especial de los templos. En la literatura de piedad, la enseñanza de Sibiuda y su *Libro de las criaturas*, por el cauce de la *Lumbre del alma* que escribió fray Juan de Cazalla, llega a las *Meditaciones devotísimas* de fray Diego de Estella. Miguel Servet, el desdichado, mediante su concepción de Cristo como microcosmos que todo lo explica, “convierte a la física en un simple apartado de la teología” (Rico). Luis de Granada, en aquel maravilloso himno a la creación que es la *Introducción al símbolo de la fe*, pinta al hombre reflejando la totalidad del universo, igual que un mapa refleja las regiones de la tierra, y mediando entre los seres “como si fuera juntamente ángel y caballo”.

Lope de Vega, aspirante a la gloria de poeta científico, se entusiasma con este concepto equidistante de la filosofía y la poesía. Juega con la microcosmía en aquellos islotes didácticos de sus comedias en que amo y criado refrescan sus estudios de colegio o universidad. La utiliza en *Angélica en el Catay* en un certamen dialéctico de Reinaldos y Roldán para poner en movimiento una intriga de amores y caballería. La pone en boca, lo mismo de galanes a la caza de un piropro encumbrado, que de San Jerónimo leccionando a los monjes de Belén. Pero la utiliza principalmente para dar peso y sustancia a disquisiciones amoratorias cuando encandilado por el *Heptaplus* y las glosas a Benivieni de Pico de la Mirándola,

UNA METÁFORA QUE HIZO FORTUNA

compone aquella media docena de sonetos pensados para Amarilís e insertos en *La Circe*. El viejo pecador, que quiere distanciarse del erotismo, depura su apasionamiento en el crisol del neoplatonismo florentino, alzando al cielo escalas de microcosmía. Ya lo mostró Dámaso Alonso y lo puntualiza con frescos pormenores Francisco Rico.

Hay escritores enamorados de abreviaturas, deseosos de reducirlo todo, incluso el pequeño mundo del hombre, a dimensiones minúsculas como cabeza de jíbaro. Entre ellos incluye nuestro autor a los dos últimos grandes clásicos de la prosa áurea: a Quevedo y Gracián. Se pregunta si el estilo de Quevedo, lacónico y concentrado, no está en íntima relación con la configuración mental que le incitaba a exaltar la valía de lo minúsculo; si la cosmovisión de Gracián y su doctrina del estilo no postulan una interdependencia mutua. La sospecha es vehemente, pero no se atreve a fallar.

Calderón de la Barca emplea el artilugio microcósmico en todos los niveles: como pasajera agudeza, como seria reflexión y hasta como concepto representable y dramatizable. Es de ver cómo consigue variar el tópico ajustándolo a todos los registros de su teatro. Lejos de caer en la monotonía, despliega una exuberante inventiva y poder de variación. Un análisis demorado de *La vida es sueño* (auto) prueba la maestría con que ha sabido plasmar escénicamente la rica variedad de nociones microcósmicas dispersas a lo largo de sus otras obras, ligando la microcosmía al orden del universo y en último término a la redención del hombre. Porque “la redención lleva hasta el cabo la microcosmía humana, abriéndola para asumir el otro mundo de la fe” (Rico).

Miguel de Barrios (1635-1701) remata la floración poética de nuestro tema con un episodio inesperado. Barrios, huído a Holanda para retornar públicamente al judaísmo familiar, no sabe renunciar a los gustos literarios de sus compatriotas cristianos y compone un auto sacramental en que la final exaltación del Sacramento es sustituida por la santificación del Nombre, puesta en boca de los mártires hebreos. Es el último gran vocero de la metáfora “hombre mundo pequeño” en diversos poemas curiosos y a veces inspirados.

La microcosmía parece a manos de la filosofía empírica del Siglo de las Luces y de su heraldo fray Benito Feijoo. Rico, buscando equivalentes literarios a este fenómeno, propone esta interpretación: “derrota de la metáfora a manos de la metonimia”. Inesperada aparición de las ideas de Roman Jakobson.

A nuestro historiador le cuesta trabajo decir un adiós definitivo al microcosmos con que se ha encariñado. Y consagra las páginas finales a subrayar: *a)* cómo el krausismo, con sentido diferente, mantiene rastros de la vieja noción; *b)* cómo los poetas desde el Rubén pitagórico hasta el Dámaso Alonso de *Hombre y Dios* reavivan la sensación microcósmica del hombre acompañante del ritmo del mundo y vinculación de las cosas.

Vayan, para terminar, cuatro apostillas, dos de erudición mera, dos que rozan problemas de enfoque.

Dada la importancia de *De planctu ecclesiae* y su autor el gallego Álvaro Pelagio, criado en la corte de Sancho el Bravo, podría haberse mencionado cómo en su gran obra, I, cap. 37, ratio XII, parte de la relación macrocosmo-microcosmo para fijar lo que ocurre en lo que llama “mundo mystico, id est congregatione hominum et maxime fidelium”.

Recoge Rico un texto de la descripción de El Escorial por fray Francisco de los Santos en que pondera la belleza del Patio de los Reyes: “Nadie entra en este patio que no le suceda lo que cuando inesperadamente oye una ordenada música, ya que lo que tiene en la arquitectura, toca en la vista como la música en el oído”. Este trecho, impreso en 1667, parece un eco de Antonio de Obregón Cerezeda, *Discursos sobre la filosofía de Aristóteles*, publicado en Valladolid, 1603, aunque compuesto en vida de Felipe II. Obregón musicaliza la arquitectura escurialense: al comienzo de su Discurso primero explica de qué manera viniendo de Italia, queda pasmado ante la visión del Monasterio de San Lorenzo: “A este sitio y lugar llegué después de aver dado fin a mis peregrinaciones, donde estuve algunos días como transportado en aquella armonía y música proporcionada, que aunque el oydo no la percibía, el entendimiento la gozava dando solamente licencia a la vista...”. Más que por

UNA METÁFORA QUE HIZO FORTUNA

alegar una “fuente”, mencioné el trozo para recordar estos interesantes diálogos mantenidos en el jardín del Monasterio al fin de la primavera entre el futuro Felipe III y su maestro en presencia del Marqués de Velada y otros cortesanos: fuera de las noticias artísticas, fuera de las inevitables referencias al microcosmo, pasa por el libro la sombra de Fray Luis de León, especialmente en el poema final en liras que cantan los músicos del Príncipe.

Francisco Rico, tal vez por razones de economía, no ha examinado la mística desde el ángulo de la microcosmía. Sin embargo la relación es bien conocida. Véase, por ejemplo, Evelyn Underhill, *Mysticism*, Londres, 4ª ed., 1912, pág. 122: “The mystic assumes... that is a relation, an analogy, between this microcosm of man’s self and the microcosm of the worldself” (otro pasaje, demasiado largo, en pág. 192). Estoy seguro que en la poesía mística halla una de sus moradas el microcosmo, pues “la analogía es la última palabra de la ciencia y la primera de la fe”, como decía Eliphas Lévi.

Desearía que Rico debatiese una conclusión de George Boas, *The history of ideas. An Introduction* (Nueva York, 1969), en el excursus que consagra al microcosmos. Para Boas la microcosmía tiene su más clara manifestación en lo que Ruskin llamó “pathetic fallacy”, o atribución de capacidades y sentimientos humanos a un objeto inanimado. Es uno de los grandes cantones de la retórica que los microcosmistas pueden sentir la tentación de anexionarse. Pero en este imperialismo, la microcosmía se trenza de tal modo con otros campos metafóricos que corre riesgo de perder su identidad.

No se me censure por estos tiquismiquis. Tergiversando una sentencia del Evangelio, podría decirle al autor de tan eximio libro: “Al que mucho da, se le exigirá más”.